Asensio Sáez, retrato de la preburguesía española

Resulta relativamente fácil —y gratificante— identificar las líneas maestras de la cuentística de *Asensio Sáez* [1], la crítica especializada, incluido el prólogo de *Belmonte Serrano*, lo ha venido haciendo con acierto. Al *Gabriel Miró* citado con insistencia por todos, cabe añadir aquí la iconografía —aunque sea a nivel de coincidencia de soluciones— de un *Chagall* (el vendedor de globos flotando por los tejados, la niña de Comunión...), la eficaz pirotecnia metafórica de un *Ramón Gómez de la Serna* (raíces cúbicas como puntiagudos andamiajes, canalones de desagüe como trenzas...), o el coloquialismo fático, absurdo y educado de los «flash» de los diálogos de la cotidianidad pueblerina (que también utilizara *Mihura* aunque en otra dimensión), o las sabias alternancias de planos que toma, a buen seguro, de su tan admirado cine...

Pero sucede que aun siendo importante la personalidad literaria obtenida por el conjunto de todas estas señas de identidad, la médula de estos cuentos de Asensio Sáez no reside exclusivamente en ellas. Hablamos de esa pátina de dulzura, de niebla sentimental que envuelve argumentos y personajes, aunque éstos y aquéllos sean crueles y desagradables. Se trata de una elección, libre y consciente, del autor. Es su punto de vista. Tachar de poco realistas estos caracteres y temas es utilizar una medida inadecuada; así como el verticalismo corporal de un desnudo de el Greco instala su propia estética, al margen de la burda realidad, así Asensio Sáez, y entiéndase el paralelismo hasta dónde debe llegar, escoge, como en su pintura, una bonhomía, un temblor sentimental... como «ultima ratio» de su narrar. ¿Es la realidad más decisivamente desagradable? ¿Son las personas de carne y hueso fundamentalmente más áridas? Son respuestas, como sus preguntas correspondientes, pluridimensionales. Asensio Sáez escoge su propia solución. Sólo el tiempo podrá decir de su acierto o desacierto. Muchas obras literarias y pictóricas de rango clásico buscaron y hallaron al margen de esquemas, «fatums» literarios o didactismos morales, en ese mismo modo de sentimiento y cotidianidad vecinal, su credencial de eternidad. El aduanero Rousseau, por ejemplo.

Hay, además, un logro —quizá añadido, no buscado— en estos cuentos de Asensio Sáez. Tenemos ante nuestros ojos un retrato cabal de la pre-burguesía española. Una masa social que ni gozó ni sufrió directamente el franquismo, y que merced a esas pacientes esperanzas de ansiar pisos, becas, médicos que les atendieran, ver cine... logró por fin alcanzarlas y constituirse, por primera vez en la historia española, en burguesía. Lo hizo además retratando un ambiente vecinal y pueblerino que ejerce de símbolo respecto de España entera. El país, en su estado pre-burgués, ¿qué era sino el pueblo de los cuentos de Asensio Sáez, antes de ser la ciudad que hoy es? Junto a sus méritos estéticos, éste es el valor testimonial más claro de la narrativa del académico de la de Alfonso X el Sabio: dejar nota de unos seres despolitizados y «desfilosofizados», que con su trabajo, frustraciones y paciencia hicieron, larga e incruenta, la revolución que ni nuestros políticos ni nuestros revolucionarios habían sabido hacer el siglo anterior. Naturalmente, el lector de cuentos literarios, ese que distingue el género de sus dos deplorables sucedáneos: la novela embutida y la estampa costumbrista (en tanto que quiere ser cuento)... ese que valora la cerrazón argumental —aun con estructura abierta—, la buena andanza narrativa, la adjetivación adecuada... ése puede obviar, natural y felizmente, todas estas disquisiciones de dómine, y gozar una buena literatura, hecha con el gozo honrado de quien se considera servidor del arte, que no su amo.

Santiago Delgado

1 Asensio Sáez, *Cuentos*. Academia «Alfonso X el Sabio». Murcia, 1986.